

EL CONCEPTO DE ESPAÑA EN LA CRÍTICA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

EMILIA DE ZULETA

En el presente trabajo nos hemos propuesto examinar —en sus líneas más generales— aquella tendencia de la crítica española contemporánea que liga estrechamente la investigación literaria a la definición de un concepto de España. Nuestro tema conlleva un planteo más amplio y profundo dentro del cual se nos imponen, a primera vista, dos aspectos fundamentales. El primero consiste en que la formulación de un concepto de España no es una mera definición del espíritu nacional, sino un programa consciente, perfilado a través de polémicas y reflexiones sobre el llamado *problema de España*, desde el último tercio del siglo XIX. El segundo aspecto concierne a la importancia que tiene la literatura en este proceso de historia del pensamiento.

Sobre el llamado *problema de España* se han ido acumulando en los últimos años una serie de artículos y de ensayos que, con distinto grado de profundidad y de solvencia intelectual, han dilucidado los hechos y han meditado sobre su significación. Tanto las dos posiciones extremas, bien representadas en los ensayos titulados *España como problema*, de Pedro Laín Entralgo y *España sin problema*, de Rafael Calvo Serer, como los intentos de conciliación de Menéndez Pidal en *Los españoles en la historia* y de Guillermo de Torre en varios ensayos, sitúan esta temática en un plano ideológico. Sin duda, desde sus orígenes, este planteo acerca del *problema de España* no se agota en el análisis filosófico o histórico-cultural, sino que se proyecta en la búsqueda de una respuesta concreta: la interpretación en función del obrar moral y político.

Si quisiéramos sintetizar en qué consiste este planteo, diríamos que se trata del viejo conflicto entre la cultura española y la cultura europea en la época moderna. En consecuencia, las raíces hay que buscarlas muy atrás, en pleno siglo XVII. La pugna ideológica del último tercio

del siglo XIX agrega nuevos elementos filosóficos, distorsionados por un contorno de inseguridad política y social. Luego, la Generación del 98 traduce al ámbito español la inquietud del fin de siglo europeo en una coyuntura histórica —el Desastre y la pérdida del Imperio—, que da contenido propio a la angustia y desazón de ese momento. El siglo XX intensifica aún más la revisión de todos los fundamentos de la vida española, en la etapa previa a la guerra civil. Finalmente, esta inmensa tragedia colectiva y el ciclo de reconstrucción posterior, mantienen la vigencia de esa pregunta sobre España y sobre su relación con el mundo.

A partir de esa pregunta se ha ido acuñando un concepto que contiene un núcleo de coincidencias sobre ciertas características permanentes del ser de España y sobre lo que suele definirse con dos términos aparentemente sinónimos, pero que encierran diferentes matices de valoración: la *crisis* o *decadencia* de España en la época moderna. Se disiente, eso sí, en la estimación de las causas, y ya la utilización de esos términos lo anticipa; en consecuencia, difieren también las soluciones propuestas cuando la reflexión se desliza inevitablemente, al terreno concreto de la acción moral y política.

El segundo aspecto, implícito en nuestro planteo y al cual aludíamos antes, se refiere a la función que cabe a la literatura en general en esta indagación sobre el problema de España. A las huellas que hallamos de este pensamiento en la filosofía, en la historia, en el orden político, hay que sumar las que se acuñan en la literatura. Tres excelentes antologías, *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos*, de Ángel del Río y M. J. Benardete; *La preocupación de España en su literatura* (más tarde *España como preocupación*), de Dolores Franco; *El tema de España en la poesía española contemporánea*, de José Luis Cano, ofrecen buenos ejemplos de ello.

De uno y de otro aspecto —el problema de España, en general, y la huella de este problema en la literatura—, no podemos ocuparnos aquí especialmente. Nuestro objetivo es otro, aunque muy próximo: queremos examinar esa huella en el ámbito más restringido de la crítica literaria contemporánea.

Es evidente que en gran parte de la crítica literaria española, a partir del último tercio del siglo XIX, existe una tendencia doble: se parte de un concepto de España, como clave de interpretación de la obra literaria, o bien, se trata de indagar en la literatura el verdadero rostro de España, la huella particular de su genio: incluso se busca una fórmula tan eficaz para comprender el pasado como para enfrentar

el porvenir. Tan sustancial y dominante es esa tendencia que ha llegado a configurar una corriente crítica con peso propio, aunque contenga matices muy diferentes.

1. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Marcelino Menéndez Pelayo funda la crítica española moderna. En primer término, sobre la base de la escuela romántica catalana de su maestro Manuel Milá y Fontanals y de otros fundamentos estéticos eclécticos, reconstruye por sí mismo toda una tradición crítica. En segundo lugar, formula un método, histórico y estético a la vez, perfectamente delineado en su *Programa de Literatura Española* con el cual se presenta a las oposiciones de su cátedra en 1878. *El juicio-sentimiento de lo bello y la apreciación histórica deben caminar unidos*, dice allí¹, y agrega que procura alejarse por igual de la crítica puramente formalista y de la llamada trascendental. La obra literaria no ha de considerarse aislada de su época, pero todavía es más dañoso anular la personalidad del artista y convertirlo en eco o reflejo de una civilización. Es éste un punto de partida teórico inobjetable, pero a medida que avanza Menéndez Pelayo en su vasta obra, se adentúa en él la tentencia a buscar en la historia literaria una dirección espiritual única sobre la que se funda una conciencia nacional española.

El eje de ese pasado resulta del cruce de lo nacional español y de lo tradicional católico. Lo nacional español se ha ido perfilando y definiendo sobre las diferencias, por virtud del sello romano que se ha impuesto en todos los órdenes, pero primariamente por medio de la lengua. Esa unidad se acuñará definitivamente en la unidad de creencias que culmina con el Siglo de Oro. Tal es el elemento unitario de interpretación para Menéndez Pelayo. Su concepto de lo nacional español tiene, sin duda, una gran amplitud: abarca lo hispánico en general, lo cual quiere decir, además de España, Portugal e Hispanoamérica. En el pasado se extiende desde la España romana, donde encuentra formas y elementos del carácter nacional que se reflejan en la lengua y en el arte. Además del pasado hispanorromano, abarca lo visigótico y, con ciertos reparos, la historia literaria de árabes y judíos.

¹ MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: "Un programa para el estudio de la literatura española. (Estudios de crítica histórica y literaria. O. C. Madrid, CSIC, 1941, t. I, p. 12).

En tal unidad y continuidad cultural funda su examen de la literatura española, y termina por considerarla como un valor en sí misma, como una constante básica de cualquier definición, ya que distingue el desarrollo de la historia literaria española del resto de las literaturas romances.

Hacia 1898, con motivo de la publicación de *La Leyenda de los Infantes de Lara*, de Menéndez Pidal, publica don Marcelino un comentario que revela bien a las claras que, a su juicio, es tan importante el estudio científico de la literatura como la tarea de develar a través de ella el espíritu nacional. *¡Quiera Dios que veamos multiplicarse estos síntomas de despertamiento de nuestra actividad científica, y que poco a poco lleguemos a reconquistar la conciencia de nuestro espíritu nacional y de nuestra historia, sin la cual no hay para los pueblos salvación posible!*².

2. LOS KRAUSISTAS. "CLARÍN". LA GENERACIÓN DEL 98.

Contemporáneamente con Menéndez Pelayo, escriben acerca de la literatura y el arte los krausistas españoles. Para los krausistas, toda la vida es arte y la obra artística es la forma superior de síntesis de lo general y lo particular. De ahí que la crítica literaria se aplique con especial interés a esclarecer las relaciones entre la literatura y la sociedad contemporánea. La poesía constituye el mejor camino para el estudio de la historia. *De esta suerte, siendo la literatura poética espejo de lo que una sociedad piensa, de lo que siente, de aquello a que aspira, en una palabra, del ideal de su tiempo, que ella principalmente manifiesta y hace comprender, la historia puede tomar de su estudio un profundo conocimiento del carácter y modo de ser de las naciones, penetrando a la vez la misteriosa relación que entre las ideas de una época y sus acontecimientos existe, para explicar las causas internas de los grandes fenómenos sociales*³.

La misión de la crítica ha de consistir, fundamentalmente, en dilucidar mediante la razón las direcciones profundas de la literatura, más allá de la forma exterior. *Levantar su obra sobre el firmísimo cimiento de los principios esenciales del arte y separar lo histórico de lo abso-*

² Id. *Estudios de crítica histórica y literaria*. Madrid, CSIC, 1941, t. I, p. 141.

³ GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO: "Poesía erudita y poesía vulgar". (En su: *Estudios de literatura y arte*. Madrid, V. Suárez, 1876, p. 94).

*luto, lo contingente de lo necesario. constituye su ministerio y será su mayor gloria*⁴.

Estas ideas sobre la misión de la crítica literaria que encontramos en Giner de los Ríos, en Manuel de la Revilla, en Salvador Arpa, proceden en su mayor parte de la estética romántica y, en particular, de las Estéticas de Hegel, de Krause y de Vischer.

Dentro de la obra crítica de LEOPOLDO ALAS, "CLARÍN", se conserva una fuerte impronta krausista, cosa explicable si tenemos en cuenta su formación filosófica, aunque luego derivó hacia el positivismo y más tarde hacia un nuevo espiritualismo. Para *Clarín* la crítica literaria es una tarea intelectual de la mayor trascendencia. España atraviesa una etapa de decadencia originada en la democracia igualadora que impide el surgimiento de valores individuales serios. Es necesario, pues, que la crítica literaria se funde en rigurosos principios de selección y que se mantenga fiel a su misión de valorar y de juzgar. Sobre esta base propone todo un programa de educación literaria del público: pocos libros, de grandes hombres, y que hablen de grandes cosas. *El Quijote* es el instrumento fundamental de este programa y debe convertirse en el *carmen nostrum necessarium*, el libro de los libros para todos los españoles. La crítica asume, en consecuencia, una función moral y pedagógica que se ejercitará sobre los escritores y sobre el público. Si Menéndez Pelayo habrá de continuar su obra a través de su discípulo inmediato, Ramón Menéndez Pidal, es indudable que los continuadores de *Clarín* son, en parte, los noventaiochistas y, sobre todo, José Ortega y Gasset.

El siglo xx se abre bajo un signo conjunto de preocupación europeísta y de reafirmación española. El ensayo se convierte en el instrumento más adecuado para la reflexión libre, sobre los más diversos temas, que emprenden de un modo asistemático y ametódico los escritores que comienzan su quehacer en el filo de los dos siglos. La literatura no es, para ellos, el objeto central de meditación, pero sin duda constituye su experiencia más inmediata y frecuente. *El Quijote*, como quería *Clarín*, se convierte en el libro de los libros, en un libro viviente, constantemente retomado por una tradición activa, tan fiel a sus orígenes como ansiosa de revisarlos a la luz del presente. Tal es la actitud de la llamada *Generación de 1898*.

⁴ Id. "Consideraciones sobre el desarrollo de la literatura moderna". (*Ob. cit.*, p. 239).

En un sentido riguroso sería difícil decidir si fueron en realidad críticos literarios, pues la literatura les sirvió más de punto de partida para la reflexión propia que de materia concreta de interpretación y de valoración. Sin embargo, dentro de estas limitaciones propias del género ensayístico y del talante espiritual de estos escritores, se acercaron constantemente a la literatura para indagar los aspectos ideológicos y éticos, antes que los propiamente literarios.

Tal es el caso de RAMIRO DE MAEZTU, que extrae de la literatura algunas de sus ideas claves de orden moral y político puesto que, a su juicio, no hay ni puede haber separación entre arte y moral, ni entre arte y realidad política y social. ¿Quién ha de mostrarnos el verdadero rostro de España? ¿Los sociólogos, los psicólogos, las estadísticas? No, el escritor es el único que está dotado para la penetración simpática⁵.

España está en crisis y se impone un programa de acción, tal es el punto de partida que los noventaiochistas recogen de los regeneracionistas, sus predecesores del último tercio del siglo XIX. *El Quijote* no puede servir para esta empresa de despertar los espíritus, puesto que es el libro del abatimiento y de la decadencia y resulta, por lo tanto, insuficiente para la acción. Tal es el contenido de los primeros artículos de Maeztu, publicados entre 1900 y 1903 y que representan la primera etapa de la evolución de su pensamiento y de su actitud frente a la literatura. En 1926 don Quijote se ha convertido en el símbolo del amor sin el poder ni la fuerza, en ese libro admirable, *Don Quijote, Don Juan y La Celestina*, en cuyo prólogo se afirma que los problemas morales de la obra de arte son experiencias aleccionadoras de vida. Más tarde, en esta década del 20 al 30, su juicio sobre la obra literaria se orienta dentro de su preocupación central de ese momento: el antiindividualismo. Critica al romanticismo y a la literatura contemporánea, fruto del largo proceso de descomposición del yo y postula, entonces, la necesidad de hallar una fórmula literaria objetiva, en la que el individualismo haya sido superado. Ya en la década del 30, predica la vuelta a lo esencial, basada en la integridad del yo. Los artistas, dice, deben oponer una literatura heroica a una literatura romántica que ha cumplido su ciclo. Su discurso de ingreso a la Real Academia, *La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica*, se convierte en un examen de los dos grandes principios fundacionales del espíritu

⁵ MAEZTU, RAMIRO DE: *Las letras y la vida en la España de entreguerras*. Madrid, Editora Nacional, 1958, p. 33.

hispánico: la igualdad fundamental de los hombres y su libertad interna. En síntesis, la literatura es para Maeztu un reflejo del pueblo que la produce, perceptible en su modo de captar la realidad, en su utilización de la lengua y en el estilo, y el artista, mediante su arte, puede modificar las condiciones de su pueblo.

EN MIGUEL DE UNAMUNO la preocupación ética domina sobre lo literario. Su acercamiento a la literatura no lo lleva a la estimación de valores estéticos sino a extraer normas e ideales para el obrar moral. Ante todo, le interesa el creador literario y su problema existencial, en relación con su tiempo y con su patria. Rechaza toda forma de abstracción y de cosmopolitismo y sólo concibe el arte como espíritu de una raza, de un individuo y de una religión, encarnado en un tiempo y en un espacio concreto. De ahí que en su labor crítica prefiera a los autores que participen de sus mismas preocupaciones esenciales y atienda a los aspectos de la lengua y el estilo, como expresión de una realidad eterna, intrahistórica y castiza. *El Quijote* es, también para Unamuno, el símbolo del espíritu hispánico; en un comienzo —*En torno al casticismo* (1895-1905)— símbolo de la locura que debe ser devuelta a la cordura; más tarde, símbolo de la incitación a la locura heroica de las grandes empresas caballerescas que pueden sacar a España de su marasmo —*Vida de don Quijote y Sancho* (1905).

EN AZORÍN, la actividad crítica ocupa un lugar predominante en su obra, en mayor grado que en los restantes escritores del 98 que hemos mencionado. Tiene, incluso, todo un programa crítico cuyo núcleo sustancial consiste en la revisión de los clásicos —“clásicos redivivos” y “clásicos futuros”. La literatura es una vía inmejorable de penetración en la realidad de un pueblo. *La patria es precisamente, por encima del territorio, de la raza, de la lengua y de las religiones, ese ambiente sutilísimo que los artistas han creado*⁶. Su crítica se convierte, sobre todo, en una vía estética de restauración de la realidad española profunda. Es significativo que su libro *Lecturas españolas* (1912) esté dedicado a Larra y que se inicie bajo citas de Cadalso, Larra y Costa que contienen todo un programa de revisión del pasado español.

Idénticas preocupaciones por la definición del ser de España encontraremos en otros ensayistas españoles que hacen crítica literaria

⁶ AZORÍN: *Los Quinteros y otras páginas* (1925). (*Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1947, t. IV, p. 655).

en distintos niveles, durante los primeros años del siglo xx: Eduardo Gómez de Baquero (*Andrenio*), José María Salaverría, Enrique Díez-Canedo, Manuel Azaña, Salvador de Madariaga.

3. MENÉNDEZ PIDAL Y SU ESCUELA.

Más nos interesa examinar cómo persiste este afán de definir un concepto de España, dentro de una escuela crítica rigurosa y científica, la de don Ramón Menéndez Pidal. Se ha dicho que el método de Menéndez Pidal se distingue del de Menéndez Pelayo porque mientras el de este último es sintético, el del primero es analítico. Aparentemente es así, sobre todo si atendemos a la acentuada especialización que caracteriza a la escuela pidalina. Sin embargo, si tenemos en cuenta su temprana tendencia a unificar la interpretación de los hechos en un esquema general, descubriremos que hay en Menéndez Pidal una estructura sintética de extremado vigor. En primer lugar, su visión de la literatura española como la realización de constantes o hábitos históricos del pueblo que la produjo: sobriedad, idealidad, individualismo, realismo (*Los españoles en la historia y en la literatura*, 1951). Esta visión se une al concepto de tradicionalidad, doctrina magna de Menéndez Pidal que consiste, como se sabe, en la transmisión de la obra de arte —que siempre es producto de un individuo— por obra de otros muchos que la completan y perfeccionan en una labor pluri-individual, más que colectiva. Esta doctrina se basa, naturalmente, en la existencia de un continuidad que viene desde los pueblos primitivos: *...la total comprensión histórica exige considerar la vida de un pueblo como un continuo irrompible, dada la realidad de su ininterrumpida sucesión generativa*⁷.

Este concepto de tradicionalidad tiene una proyección extraliteraria, que es explicable, puesto que se asienta en una realidad histórico-cultural. De modo que, a la vez que permite explicar el pasado, sirve para extraer normas para el porvenir. *Los temas múltiples de esos cantos nos llevan a intimar fugazmente con las generaciones pasadas, reanimando algunos instantes de la vida que se extinguió hace tantos siglos, pero de la cual fluye y depende la nuestra ¿Y quién sabe si el estudio de esta poesía, tantas veces sentida en común, podría hacer que entre nuestros eximios poetas españoles, más que ningunos encas-*

⁷ MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN: *Los godos y la epopeya española*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1956, p. 32.

*tillados en su magnífica morada interior, surgiese la meditación fecunda que lanzase alguna vez su inspiración a guiar los sentimientos colectivos con la audacia renovadora de lo viejo*⁸.

No hay en Menéndez Pidal la idea de una España unida, pero sí la aspiración a una España total que supere sus trágicos enfrentamientos, precisamente por el reencuentro de lo tradicional y de lo nuevo. En resumen, su concepto de España surge de la perduración tradicional de determinadas aptitudes y hábitos históricos y tiene una clara filiación en la búsqueda de los rasgos que definen un alma nacional, emprendida por Milá y Fontanals y Menéndez Pelayo, como supo verlo Arturo Farinelli⁹.

El magisterio de Menéndez Pidal se ejerce, fundamentalmente, a través de su acción en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, cuna de un brillante núcleo de investigadores españoles e hispano-americanos que se orientan en tres direcciones principales: lo filológico y lingüístico, lo histórico y lo estilístico. Todas ellas son importantes y han constituido escuelas vigorosas, dentro y fuera de España; pero, en este caso, nos interesa en particular la corriente de preocupación histórica e ideológica que liga la obra crítica a una interpretación de España.

La figura mayor en este campo es, sin duda, AMÉRICO CASTRO. Castro se inicia con trabajos de enfoque histórico-filológico, pero luego deriva hacia una crítica consustanciada con una interpretación unitaria y existencial de la cultura española. El viraje se produce hacia 1939, cuando Castro escribe "Lo hispánico y el erasmismo" y se completa con la publicación de *España en su historia* (1948). Lo hispánico es para Castro el resultado de ocho siglos compartidos por tres pueblos y tres creencias diferentes: antes no se puede hablar de españoles, puesto que no tenían conciencia de estar viviendo como tales. A partir de esta afirmación básica, examina procesos de la vida hispánica con un mismo motivo vital o una misma situación. Los hechos históricos y literarios son interpretados según su dirección vital, o sea según el modo de vivir una circunstancia histórica. Descubre así que la esencia del vivir hispánico consiste en creencia y personalismo y que ...*la huella de España en Europa [es] una huella no visible en*

⁸ Id. *La primitiva lírica española*. (Estudios literarios. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1938, p. 276-277).

⁹ FARINELLI, ARTURO: *Divagaciones hispánicas*. Barcelona, Bosch, 1936, t. I, p. 77 y ss.

objetos lógicamente aislables (ideas, invenciones), sino en aspectos y perspectivas de la forma misma del vivir ¹⁰.

A partir de *España en su historia* —que más tarde se convertirá en *La realidad histórica de España*, en sucesivas ediciones de 1954 y 1962— Castro examina la literatura como expresión de *vividura*, o sea como respuesta de unos determinados hombres a una determinada circunstancia histórica y vital.

La obra de la escuela de Menéndez Pidal estaba destinada a trascender hacia América por obra de diversos investigadores. FEDERICO DE ONÍS llega a Estados Unidos en 1916. Su concepto de España integra en un línea comprensiva y totalizadora el pensamiento de Unamuno con el de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, y llega a desarrollarse más tarde como una interpretación propia.

En ella, lo hispánico comprende tanto lo español como lo americano, puesto que en América se conserva la tradición viva de España unida a la originalidad americana. Formas tradicionales ya perdidas en España se conservan en América y aun se revitalizan en versiones originales y nuevas. A su vez, lo original americano se enfrenta en América con lo anglosajón. Onís en su afán integrador, llega a concebir la unión de lo hispánico y de lo anglosajón como forma cultural verdaderamente equilibrada y fecunda. *Yo no vengo a sostener que esta posición española ante la vida sea superior ni inferior a la anglosajona: lo que sí creo es que de la unión de ambas resultaría el hombre perfecto* ¹¹.

A medida que su contacto con el mundo anglosajón lo lleva a esta visión integradora cambia también su concepto de España, sobre todo en un punto, esencial a nuestro modo de ver: la interpretación del Renacimiento. En efecto, Onís que en sus primeros escritos había denunciado la ausencia del Renacimiento en España como una de las razones de su alejamiento de Europa y de su progresiva esterilización, terminará por descubrir que la cultura española, con su capacidad de asimilación, que se manifiesta precisamente en el Renacimiento, crea anticipadamente muchas de las formas de la Europa moderna. Por lo demás, agrega, sus marcadas diferencias con otros aspectos del mundo moderno, son prenda de su profunda originalidad y pueden constituir

¹⁰ CASTRO, AMÉRICO: *Aspectos del vivir hispánico*. Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1949, p. 156.

¹¹ ONÍS, FEDERICO DE: *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*. Madrid, Residencia de Estudiantes, 1932, p. 119.

en el futuro su principal contribución a Europa y el ejemplo previo de una civilización del porvenir. Puede decirse que, de uno u otro modo, toda su obra crítica responde a esta afirmación de lo hispánico y de su misión en el mundo moderno.

ÁNGEL DEL RÍO también enseña en el medio universitario norteamericano, desde 1929 hasta su muerte en 1962. A través de su obra crítica alienta una concepción de lo hispánico realizado en América y en contacto con lo anglosajón, muy semejante a la de Onís. La capacidad de asimilación de lo hispánico se acrecienta en América, donde se da la posibilidad de síntesis de varias culturas.

Otro crítico del Centro de Estudios Históricos que comparte esta preocupación por lo hispánico es JOSÉ F. MONTESINOS. Él mismo ha evocado los años de trabajo en aquel Centro: *Hacíamos allí humanismo, más que la erudición seca y desamorada que hoy suele hacerse*¹².

Ya desde sus primeros estudios sobre los hermanos Valdés, llega Montesinos a una concepción de la cultura española del Renacimiento como intento de asimilación de las esencias del humanismo europeo. En trabajos posteriores presenta a Lope de Vega como encarnación de la conciencia española con la dualidad de vitalismo que se entrega al puro sentirse ser y actuar, en conflicto con la preocupación por el deber ser. Los últimos libros de Montesinos persisten en este esfuerzo por definir lo español. Tratan sobre la narrativa del siglo XIX y su enfoque —realmente original y fecundo—, se centra en el conflicto entre el verismo y la preocupación moral, de honda raíz hispánica.

4. JOSÉ ORTEGA Y GASSET. GUILLERMO DE TORRE. LAS REVISTAS LITERARIAS.

En los ensayos sobre literatura de JOSÉ ORTEGA Y GASSET la curiosidad europeísta y la asimilación de la nueva estética de vanguardia, se concilian con una vocación por definir el ser de España. Sobre todo en una primera etapa, hasta 1930 aproximadamente, lo literario domina en su obra, junto con otras preocupaciones. La crítica se incorpora entonces a una programática de reconstrucción nacional, política, social y cultural de España, que parte de la existencia de una crisis originada en la carencia de minorías selectas, unida al dominio imperturbado de las masas. Es necesario, pues, encarar un

¹² MONTESINOS, JOSÉ F.: *Estudios sobre Lope*. México, El Colegio de México, 1951, p. 8-9.

proyecto de vida en común, bajo el imperativo de selección y de vinculación con Europa. La interpretación de lo literario tiene en este programa una importancia sustancial, perfectamente definida en sus célebres *Meditaciones del Quijote*, que responden explícitamente al . . . *deseo de interrogar ese libro español verdaderamente profundo, ya que el hombre debe orientarse en el universo a través de su raza. El Quijote se ha convertido, como quería Clarín en un libro-clave para el conocimiento del propio ser nacional, del pasado histórico y del rumbo futuro. ¡Ah!, si supiéramos con evidencia en qué consiste el estilo de Cervantes, la manera cervantina de acercarse a las cosas, lo tendríamos todo logrado. Porque en estas cimas espirituales reina inquebrantable solidaridad y un estilo poético lleva consigo una filosofía y una moral, una ciencia y una política. Si algún día viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes, bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertáramos a una nueva vida*¹³. El hecho de que Ortega titule una parte de este ensayo "La crítica como patriotismo" nos exime de abundar en detalles acerca de esta idea de Ortega, aunque su ejercicio de la crítica literaria no haya sido muy persistente.

Un estudio aparte merecería la influencia de las ideas de Ortega en la crítica española contemporánea. El vitalismo y el objetivismo orteguiano; su concepto sobre las generaciones, su definición de circunstancia y perspectivas; sus diagnósticos sobre el arte contemporáneo, han tenido y siguen teniendo profundas proyecciones en el quehacer crítico. En particular, su definición del hombre *instalado en un mundo como en una casa que se ha hecho para abrigarse*¹⁴; del hombre que constantemente hace mundo, y el hecho de que cada cambio de mundo traiga un cambio en la estructura del drama vital, coinciden notoriamente con los conceptos de morada vital y de vividura manejados por Américo Castro.

Partiendo de las ideas de Ortega, pero en una rápida marcha hacia lo que habría de ser una doctrina crítica propia, modulada en un largo ejercicio personal, encontramos en las páginas de la "Revista de Occidente" a GUILLERMO DE TORRE. Torre cumple cabalmente la aspiración de Ortega de dar una interpretación española del mundo, a través del ejercicio de la crítica literaria. Libros como *La aventura* y

¹³ ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Meditaciones del Quijote*. (Obras Completas. Madrid, Revista de Occidente, 1957, t. I, p. 363).

¹⁴ Id. *En torno a Galileo*. (Obras Completas, t. V, p. 33).

el orden, Problemática de la literatura o Valoración literaria del existencialismo son manifestaciones cabales de comprensión de lo contemporáneo y de espíritu cosmopolita, desde una óptica hispánica.

También en Torre hay un concepto de España en el que se anudan a ideas propias, otras que proceden de Ortega y de Menéndez Pidal. Hay, además, en su crítica un contenido axiológico y una proyección moral, como en otros escritores que hemos mencionado en el presente trabajo. Tras la guerra civil, es Torre el primero en proponer, desde 1943, un intento de conciliación entre las dos Españas escindidas. Posteriormente, en ensayos específicos y en estudios sobre literatura se va esbozando toda una doctrina de *el puente*, o sea el camino para una inteligencia entre los españoles emigrados y los que han quedado en España. Sus ensayos sobre literatura española y literatura hispano americana exploran infatigablemente en los problemas de la unidad del espíritu y la lengua del ámbito hispánico total, así como en los problemas de asimilación y universalidad. Nuevas interpretaciones del barroco, como aspecto sustancial del arte hispánico, y del siglo xvii como integración de lo tradicional español y del espíritu moderno, integran esa imagen unitaria y comprensiva de España que sustenta la obra de Guillermo de Torre.

Por los años en que la *Revista de Occidente* realiza el concepto orteguiano de España, inserto en un programa de europeización, nace una revista joven, LA GACETA LITERARIA (1927), con su planteo original: integrar la vanguardia en el marco de la tradición literaria española. En efecto, entre los propósitos manifiestos de la nueva revista figura el de reafirmar a España en sí misma, y esta tarea es encarada con ánimo de revisión y con pasión juvenil. Su idea de una España moderna, ahincada en su raíz tradicional, pero abierta hacia lo nuevo, se refleja en sus páginas inundadas de plurales intereses: lo americano y lo europeo, la literatura y las demás artes. Bien es sabido que esta fusión de lo tradicional y de lo nuevo es peculiar de la vanguardia española y que en ella tiene su fuente la potencia expresiva que caracteriza a los poetas de la llamada *generación de 1927*. Pero detrás de ellos estaba esta orientación crítica consciente, que fundaba en la tradición el único camino posible hacia una universalidad auténtica.

Una tercera revista, CRUZ Y RAYA, (1933-1936), se afirmaba todavía más en lo nacional español, sobre la base de la unidad de ideas y de doctrina de un catolicismo renovado según ejemplos alemanes y franceses. Una y otra orientación —lo español y lo católico— se

advierten claramente en los ensayos críticos, en las reseñas bibliográficas y en las excelentes antologías de Santa Catalina de Siena, Fray Luis de León, Francisco de Villamediana, Quevedo, San Juan de la Cruz y Bécquer. Muchos ensayos procuran definir aspectos del arte español como manifestaciones de valores esenciales. Tal es el sentido de un ensayo fundamental para la historia de la investigación literaria, por cuanto viene a rectificar una visión excesivamente simplista: *Escila y Caribdis de la literatura española*, de Dámaso Alonso. Los ensayos de José Bergamín, Vicente Salas Viu y José Camón Aznar también apuntan a la búsqueda de elementos simbólicos o arquetípicos en la literatura, la música y las artes plásticas. En marzo de 1936 se publica en la revista un fragmento del *Programa de literatura española* de Menéndez Pelayo que trata sobre la diferencia entre los conceptos de nacionalidad política y literaria, lo cual es muy sintomático de una preocupación.

5. EN LA POSGUERRA.

El impacto de la guerra civil y, para algunos, el exilio y el contacto con otras culturas, adensan esta preocupación por buscar valores permanentes en las obras literarias concretas que, en muchos casos, adquiere el acento ético de una verdadera justificación generacional e individual.

La posguerra ve surgir un grupo de brillantes ensayistas procedentes del campo filosófico e histórico, con abiertas conexiones con el pensamiento de Ortega y de Zubiri, que parten de lo literario como objeto de reflexión circunstancial, pero que muchas veces abren el camino para la investigación y la crítica posterior. Tal es el caso de PEDRO LAÍN ENTRALGO cuyos libros sobre *Menéndez Pelayo* (1944) y sobre *La generación de 1898* (1949) constituyen documentos sustanciales de la actitud de un grupo de españoles que, urgidos por una tarea de reconstrucción ideológica, revisan el pasado inmediato con afán objetivo y pasión de claridad. JULIÁN MARÍAS realiza una labor semejante con *Miguel de Unamuno* (1943), el libro más completo, dentro de su dimensión sintética, que se haya escrito sobre el tema, y en el cual se da cumplida cuenta de los aspectos literarios de la obra del escritor vasco, en función de su pensamiento sobre España. Idénticas conexiones procura establecer entre el pensamiento y los aspectos literarios y estéticos en numerosos ensayos posteriores sobre los siglos XVIII y XIX.

Otros críticos, dentro y fuera de España, contribuyen a la definición de España a través de los estudios literarios. El carácter de lo español, frente a otros espíritus nacionales es el punto de partida de varios libros de GUILLERMO DÍAZ-PLAJA. SEGUNDO SERRANO PONCELA adopta, por su parte, las doctrinas de Castro en sus estudios sobre “La Celestina”, Quevedo, Machado, Unamuno y Baroja.

De uno u otro modo, las interpretaciones histórico-literarias de Menéndez Pidal y de Américo Castro se hallan presentes en la obra de los críticos más nuevos, y el lenguaje conceptual de Unamuno tiñe el estilo de muchos de ellos. Si bien una poderosa corriente de la crítica española actual se inclina a la exploración de los aspectos formales y estéticos de la obra literaria, hay también un núcleo de críticos jóvenes que indagan en la obra literaria desde un ángulo ideológico. Por influencia marxista, algunos de ellos se muestran más atentos al concepto de clase social que al de índole nacional: José María Castellet, Juan Goytisolo.

Una perspectiva más promisoría ofrece el contacto con la historia de las ideas, cuya plural integración de disciplinas y de métodos ofrece a la investigación literaria nuevos instrumentos, más complejos y eficaces. Sin confundir los límites entre historia y crítica, JUAN MARICHAL se aproxima a la literatura desde la margen histórico-cultural. Sigue a ilustres predecesores y maestros, como Miguel de Unamuno y Américo Castro. Ha sido discípulo de este último y de Pedro Salinas y conoce, además, los métodos de la historia de las ideas. A este doble enfoque se debe la fisonomía original de su obra, tanto en su contenido como en su desarrollo: la aplicación de métodos y recursos propios de la estilística junto con los de la historia de la cultura. *El estudio estilístico se convierte así en una fecunda vía de acceso a un mundo histórico*¹⁵. Tal es el propósito de Marichal, y así procura penetrar en el drama de la historia hispánica —concepto de la historiografía de Castro—, a través de su proceso expresivo. Esto le permite realizar una serie de calas profundas y originales en una serie de escritores, desde Alonso de Cartagena hasta Pedro Salinas. La literatura se convierte así en un repertorio de pensamiento vivo y encarnado: tal sería la manifestación más extrema y reciente de la corriente crítica que hemos examinado en el presente artículo.

¹⁵ MARICHAL, JUAN: *La voluntad de estilo*. Barcelona, Seix Barral, 1957, p. 10.

Desde el punto de vista de la investigación literaria, sería difícil aventurar un juicio terminante sobre esta tradición crítica de análisis y síntesis de la cultural, presidida por el afán de develar el verdadero rostro de España. Parecería, sin embargo, que ha obtenido sus logros mayores cuando, lejos de convertirse en método excluyente, se completa con enfoques psicológicos, estructurales, estilísticos, que apuntan a la obra literaria como organismo independiente de la realidad en ella representada.

EMILIA DE ZULETA

Universidad Nacional de Cuyo